

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Héroes, ortodoxos, disidentes o traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976) .

Montero, Ana Soledad.

Cita:

Montero, Ana Soledad (2008). *Héroes, ortodoxos, disidentes o traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/KBO>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Héroes, ortodoxos, disidentes o traidores.
Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973- 1976)

Ana Soledad Montero

(UBA – CONICET)

Ravignani 2336 2° A (1425) Capital Federal

011- 4775-5386/ 011-1554-202819

solmontero@hotmail.com

Mesa propuesta: **Mesa J 2 - Razón y revolución. Radicalización política y modernización cultural (1955 – 1975)**

Coordinadores: Ana Julia Ramírez (UNLP); Mauricio Chama (UNLP)

I. Introducción

El propósito de este trabajo es explorar en la formación, desarrollo y declive de una organización política aún poco estudiada por la historiografía y las ciencias sociales en general: se trata de la Juventud Peronista Lealtad, un sector que se escindió de la Tendencia Revolucionaria a fines de 1973. El estudio de esta organización política, aunque de una corta vida y escasa repercusión, resulta de gran interés en la medida en que permite ahondar en los debates, las tensiones y complejidades que atravesaron a las organizaciones político-militares de la época. Mi objetivo es reconstruir, a partir de testimonios, entrevistas¹ y documentos², el contexto del surgimiento de esta agrupación política, su programa político-ideológico y su relación con el gobierno peronista y con el resto de las organizaciones (especialmente con la JP y Montoneros). Asimismo, espero elaborar una interpretación sobre los principales debates ideológicos que se dieron en la controvertida política argentina de los años setenta.

¹ Agradezco enormemente la buena disposición y generosidad de los ex militantes de la Juventud Peronista Lealtad a quienes entrevisté para realizar esta investigación, cuyas identidades he preferido reservar -las citas sin referencia corresponden a entrevistas-. Ellos me proporcionaron casi toda la información que consigno aquí. También agradezco al Archivo de Historia Oral de Memoria Abierta y a Roberto Bachetti quien amablemente me ofreció ejemplares de la revista Movimiento. Con respecto a las entrevistas, vale decir que el abordaje de ciertos puntos polémicos y la profundización en datos concretos no fue siempre posible. Esto se debe, desde mi punto de vista, a dos razones: por un lado, el carácter conflictivo de la ruptura con Montoneros, el vínculo afectivo de los entrevistados con compañeros de la organización desaparecidos o asesinados, y, en general, la tensión entre traición y lealtad que atravesó toda la experiencia de la JP Lealtad. Por otro lado, se sabe que en los últimos años se ha discutido críticamente el vínculo de Perón con López Rega y se ha polemizado sobre su presunto apoyo, o al menos su condescendencia, con el aparato represor de la Triple A, lo que ubica al líder en una posición problemática. De ahí que, treinta años después de acontecidos los hechos, a los entrevistados les resulte al menos complejo dar cuenta de su apoyo a Perón durante aquellos años. No obstante, muchos de ellos están interesados en contar su historia e incluso están trabajando en la redacción de un libro sobre la JP Lealtad.

² Hasta el momento he consultado cuatro números de la revista Movimiento, el órgano de la JP Lealtad, y también el periódico La Opinión.

Muchos son los trabajos que en los últimos años se han abocado al estudio de las organizaciones políticas y armadas de los años setenta. En el marco de este vasto campo de investigación, es sin embargo notable la ausencia de trabajos abocados al estudio y análisis de la Juventud Peronista Lealtad, organización surgida a fines del año 1973 como un desmembramiento de la organización Montoneros³.

El contexto político y social en el que esta escisión tuvo lugar es de sobra conocido y ha sido profundamente investigado y teorizado: se trata de la tercera presidencia del General Perón, quien, tras dieciocho años de proscripción y exilio, volvía a gobernar en una Argentina acosada por conflictos sociales, políticos y económicos y, al mismo tiempo, animada por un fuerte espíritu de lucha y combatividad que había dado lugar a importantes movilizaciones populares y al acercamiento de numerosos jóvenes al peronismo, por la vía del catolicismo, el nacionalismo o la izquierda tradicional.

Es así como surge un sector juvenil que constituyó “la cuarta rama” del Movimiento peronista -el dispositivo encargado de la movilización de masas, la propaganda política y las operaciones armadas-, que se agregaba a las tres ramas tradicionales del Movimiento: la rama sindical, la política y la femenina. La Tendencia Revolucionaria (que Perón denominó la “juventud maravillosa”) se convirtió así en un gran frente de masas, cuyo programa político, el “socialismo nacional”, enarbolaba consignas socialistas combinadas con la tradición nacionalista y peronista.

Tras un largo y sinuoso proceso de luchas y negociaciones políticas entre Perón, el sector sindical, la rama juvenil y el gobierno militar, en marzo de 1973 el peronismo, con la fórmula Cámpora- Solano Lima, es electo en elecciones libres. La Juventud Peronista (JP)⁴ jugó en este período un rol fundamental en tanto interlocutor de Perón e impulsor de la candidatura de Cámpora. Enmarcada en la Tendencia y cercana a la organización armada Montoneros, la JP se convirtió así en un actor de gran protagonismo en el nuevo escenario político: en efecto, además de encabezar grandes movilizaciones populares, durante el

³ Una primer y fundamental referencia a esta agrupación aparece en el libro de R. Gillespie (1986) y en *La voluntad*, de Anguita y Caparrós (1997). Bonasso alude a la Lealtad como una “escisión ortodoxa” de Montoneros vinculada a J.M. Abal Medina (1997: 600). M. Svampa (2003) la menciona al pasar en el capítulo dedicado al período en la Colección sobre Historia argentina dirigida por Daniel James; L.A. Romero, por su parte, también la nombra en un artículo publicado en 2003. También C. Lesgart (2006) se refiere a los “leales” en su análisis sobre la reconsideración actual del pasado. Pero es en el libro de Amorín *Montoneros. La buena historia* (2006), en el no tan conocido libro de Aiscurri *¡Qué vivan los perejiles!* (2003) y en un artículo publicado por Wainfield e Ivancich (1983) donde más espacio se le dedica a la existencia de la JP Lealtad, aunque ninguno de ellos ahonda en detalles. Ante la falta de orientación inicial sobre bibliografía que tratara el tema de la JPL, mediante las entrevistas pude acceder a los textos que los entrevistados consideraban más significativos, entre ellos los últimos tres mencionados.

⁴ Es necesario distinguir la Juventud Peronista Regionales -de orientación socialista y vinculada a Montoneros- que apoyó a Cámpora en la elecciones de 1973, de la “derechista” JPRA, llamada “Jota Perra”, cercana a López Rega.

interregno (la “primavera”) camporista muchos integrantes de esta vasta agrupación participaron de ministerios y otros espacios gubernamentales, mientras diagramaban el esperado retorno del General Perón a la Argentina.

No obstante, el diálogo y armonía entre la JP y el líder peronista, fortalecido por Cámpora como intermediario legítimo, comienza a erosionarse en cuanto Perón regresa al país⁵. El corolario y punto más alto de este distanciamiento hace que, en septiembre de 1974, tras la muerte del líder, los Montoneros retornen a la clandestinidad y decidan focalizarse en la actividad armada. En los meses previos, las disidencias políticas en el interior de la JP y Montoneros, especialmente desencadenadas por el asesinato del dirigente sindical J.I. Rucci, provocan la escisión de una nueva agrupación política denominada Juventud Peronista Lealtad (JPL), con expresiones en el ámbito sindical (JTP Lealtad), secundario (UES Lealtad) y con fuerte presencia universitaria (JUP Lealtad).

De las características, inicios, programas, ideas, desarrollo y extinción de la JP Lealtad poco se ha estudiado, aunque es sabido que su principal objetivo fue afirmar su permanencia dentro del Movimiento Peronista y no poner en cuestión la conducción de Perón, en el contexto de una creciente crítica a la figura de Perón y su entono. Presuntamente encabezada por el líder de la Regional II de la JP Regionales, Jorge Obeid, esta organización fue cuestionada y criticada tanto desde la derecha como desde la izquierda peronista. Es que, como bien señala Romero, “luego de Ezeiza, la política de calles se limitó a dirimir la lucha de tendencias dentro del peronismo, que transcurrió a la vista de todos. La etapa de la primavera, con su florecer de mil flores, había terminado. Los protagonistas ajenos a la familia peronista ya no contaban, y en el interior de ésta, las distintas variedades del movimiento se polarizaron: Montoneros absorbió a todos los que, de una u otra manera, se identificaban con la ‘patria socialista’, mientras que su contrario, la ‘patria peronista’, acogió a los sectores dispuestos a frenar a Montoneros, desde la dirigencia sindical tradicional hasta grupos de choque reclutados en la periferia del movimiento o aún fuera de él. Quienes intentaron romper esta polaridad -como el grupo JP Lealtad, escindido de la ‘histórica’ JP- fracasaron” (2003: 132).

II. Un relato “alternativo” sobre la relación Perón- Montoneros

Desde el punto de vista del posicionamiento político-ideológico de la JP Lealtad, puede decirse que uno de los puntos característicos de esa organización es la crítica al

⁵ Luego veremos que algunos autores y testimonios ubican el inicio de la “ruptura” entre la juventud y Perón aún antes de los acontecimientos de Ezeiza.

accionar de la Organización Montoneros, posicionamiento que se prolonga hasta la actualidad en la interpretación y la lectura de aquellos controvertidos años⁶. En efecto, varios entrevistados coinciden, aún hoy, en una lectura retrospectiva en la que predomina una marcada crítica a las prácticas, lógicas y dinámicas de la organización Montoneros, crítica que intenta desmontar lo que ellos llaman la “historia triunfante” de la juventud peronista. Una fuerte polémica se da, por ejemplo, con la interpretación de Bonasso. Como dice Aiscurri, en *El presidente que no fue Bonasso* “crítica a Perón y llega a insinuar que tiene alguna responsabilidad, por lo menos ideológica, en la constitución de la Triple A. El relato está armado de forma tal que [...] fui reviviendo la polémica entre la JotaPé Regionales que Bonasso, de alguna manera, sigue representando, y la JotaPé Lealtad, representada por mi memoria” (2003: 280).

La historia “triumfante” que la JPL cuestiona -que según los entrevistados se plasma en los relatos de algunos cuadros jerárquicos de Montoneros- consistiría en una demonización de la figura de Perón (en virtud de su cercanía a López Rega y a la “derecha peronista”), que aparece como un líder “manipulador” que habría “usado” a la juventud para movilizar a las masas y preparar su retorno, para luego abandonarlos y quitarles apoyo⁷. Frente a ese relato, los ex integrantes de la Lealtad ponen de relieve la capacidad táctica y estratégica de Perón, que lo llevaba a adoptar lo que se ha conocido como “movimiento pendular”⁸, en virtud del cual privilegiaba a uno u otro sector del arco político-militante en función de los requerimientos del Movimiento y del momento histórico.

⁶ Como ya aclaré, los testimonios y los textos abordados no son homogéneos al respecto: algunos adoptan un tono más moderado, comprensivo y abarcativo para evaluar el accionar de Montoneros y los hechos que desencadenaron la ruptura y los acontecimientos posteriores; otros son más duros en su crítica hacia la lógica de Montoneros; finalmente hay quienes se manifiestan incapaces de evaluar los hechos en virtud del impacto subjetivo que su participación política involucra y debido, por sobre todo, al modo trágico en que terminó aquella experiencia de militancia. No obstante esta variedad de percepciones y puntos de vista, creo que es posible sostener que, tal como lo indica el título del libro de José Amorín, estos relatos intentan dar cuenta de otra historia, lo que ellos consideran “la buena historia”.

⁷ “Hay una construcción muy hábilmente instalada en contra de la figura de Perón, que dice, ‘en realidad, Perón volvió acá, gracias a estos pibes idealistas que dieron la vida, él los usó y después se los sacó [de encima], para aplicar su verdadero plan, que era el plan de López Rega’. Punto final de la historia, y después se murió. Y además en el medio fue el verdadero organizador de las Tres A y las dejó. Esta es la construcción de [...] gorilas profundos, recalcitrantes” y esa lectura se ve “con simpatía” entre los Montoneros que, “en lugar de [...] autocriticarse [...] lo omiten, y les puede gustar repetirla porque es una figura que instaló el régimen en contra de Perón y en la que ellos no la pasan tan mal”.

⁸ Así, según un entrevistado, “Perón tradicionalmente había tenido un ‘movimiento pendular’, es decir, en un momento determinado para manejar el conjunto le daba un poco de manija a un sector de acuerdo a como le convenía para la estrategia general y cuando esos ya se creían demasiado, etc., respaldaba a otros. Y así durante 15, 16 años mantuvo el movimiento, entre otras cosas con eso. Había que entenderlo, había que... Y cuando se dio cuenta que había cosas que se le estaban yendo de las manos (porque él tenía acceso a todos los informes internos, donde se lo criticaba), decía: ‘estos tipos...’. Entonces, ¿qué hace? En realidad, le vuelve a dar un poco de aire a lo que podríamos llamar la derecha peronista”.

Pero por sobre todo, esa lectura crítica -y distintiva- del pasado atañe al accionar y la dinámica de la organización Montoneros, y se orienta a cuestionar su creciente distanciamiento de Perón y el modo en que la dirigencia montonera “competía por el poder” y pretendía suceder al líder. Así, la lectura sobre el período 1973- 1976 de este sector de la militancia peronista que rompió con Montoneros y conformó la JP Lealtad tiende a enfatizar los gestos rupturistas, críticos y desafiantes por parte de Montoneros con respecto a la conducción de Perón y al gobierno peronista en general: desde esta perspectiva, no sería Perón quien habría abandonado a la juventud, sino que, por el contrario, es la dirigencia montonera la que habría buscado y provocado la ruptura.

En esa interpretación, en la cual parece delinarse la identidad de la Lealtad, se reconstruyen los hechos como una sucesión de gestos y provocaciones que revelan cómo, desde el inicio mismo del proceso, el proyecto político de Montoneros era “tomar el poder” y reemplazar a Perón en el ejercicio del liderazgo. Este proyecto requería, ciertamente, de la peronización inicial de los cuadros y militantes para la movilización de las masas pero, en última instancia, aspiraba a desprenderse de la figura de Perón. Esto se expresa, por ejemplo, -según algunos entrevistados- en la mutación de las consignas acuñadas por la organización: el pasaje de la consigna inicial “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, a la posterior “Conducción, conducción, Montoneros y Perón”, demuestra que la organización pasó de apoyar a Perón (durante el período electoral y los meses camporistas) a competir con él por el poder; y pone en evidencia el viraje de Montoneros, de “la picardía inicial de mimetizarse hasta empezar a diferenciarse”.

Un artículo de N. Ivancich y M. Wainfield publicado en 1983 da plenamente cuenta de esta mirada crítica hacia la Organización Montoneros, mirada que sospecha de la lealtad de los jóvenes dirigentes montoneros hacia la figura de Perón y que enfatiza en la controvertida y compleja relación entre ambos actores. En ese texto se presenta una reconstrucción e interpretación de los hechos que deja ver, con anticipación, la ruptura entre Montoneros y Perón y la pretensión de “poder total” de los primeros (1983: 3; 11; 19; 20). Esa reconstrucción arranca durante la misma campaña por el *Luche y Vuelve* y se prolonga y acrecienta a lo largo del año 1973, hasta llegar a su punto más alto, el asesinato de Rucci, a lo que se agregan una serie de eventos conflictivos que culminarán en la ruptura definitiva, el 1° de mayo de 1974. Esto corre en paralelo con la progresiva “burocratización” y “militarización” de la organización.

En efecto, para estos autores, un primer elemento que da cuenta de la tensión entre Montoneros y Perón es la tendencia cada vez más militarista, “verticalista” y “burocrática” de

los primeros: “a partir de 1973 se produjo en el seno de la JP y su mentor organizativo (Montoneros) una acelerada tendencia a organizar las distintas JP ‘silvestres’ [...] según rígidos esquemas” (1983: 10). La cuestión de la creciente militarización de la organización Montoneros ha sido objeto de numerosos análisis. Sin embargo, desde la óptica de los textos y entrevistas que aquí abordo, la clave interpretativa parece poner foco en la fusión de Montoneros con las FAR (a principios de 1973⁹), lo que habría terminado de imprimir a la primera organización una concepción guevarista y foquista y habría proporcionado –como sostiene una entrevistada– “un discurso ideológico” a Montoneros. Esta fusión requería de un proceso de “homogeneización ideológica” y de una “estricta disciplina” que excluía cada vez más a los militantes de superficie más orientados al trabajo barrial y menos dispuestos a plegarse a una disciplina militar y semi-clandestina (Amorín, 2006: 208; 217-238).

Pero, desde el punto de vista político, también pueden enumerarse algunos hitos que marcarían el progresivo distanciamiento de la conducción montonera con respecto al proyecto peronista, y que comienzan incluso antes de la asunción de Cámpora. Así, según el artículo citado (y algunos testimonios), una de las primeras “provocaciones” se produce un mes después de las elecciones en las que triunfa la fórmula peronista, cuando Galimberti arengó a la Juventud a crear “milicias populares”. En ocasión de la asunción de Cámpora, para los autores “los Montoneros prefirieron obrar de consuno con grupos antiperonistas” “forzando” la libertad de los presos y actuaron “como opositores que tenían que ‘arrancar’ respuestas al gobierno y no como integrantes del mismo” (12). En esta “reconstrucción” de la ruptura propuesta por el artículo, la creación de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) fue otro “real factor de perturbación” (13) en la medida en que daba cuenta de “una concepción leninista de partido” y del antagonismo con la CGT (esto se expresaba en la consigna “JTP, la nueva CGT”). Con respecto a los acontecimientos de Ezeiza, para los autores “el objetivo declarado de la JP era conquistar el espacio aledaño al palco para probar a Perón su capacidad de movilización”. Para ello, la JP –que se caracterizaba por “utilizar los actos como campos de batalla”– se “impuso” en el acto de manera indisciplinada, insensata y manipuladora (14-15). Amorín sostiene, por su parte, que la conducción montonera tuvo, en esa ocasión, cierta responsabilidad “por *omisión*” (216). En el libro de Aiscurri (2003) también se alude al accionar de la Juventud en Ezeiza como una actitud “irresponsable” y “de soberbia” por parte de Montoneros, que “no podía admitir un lugar secundario” y quiso “disputar la centralidad en un acto donde lo central debían ser Perón y su pueblo” (133) (vale aclarar que esta interpretación no niega que la violencia se desató, como se sabe, desde el palco oficial y que

⁹ De Riz, 1981: 30, n. 15. Según Gillespie, esta fusión se anunció públicamente en octubre (1988: 180).

ésta fue impulsada por los allegados a Osinde y López Rega¹⁰). En lo que respecta a su actuación durante el gobierno peronista, para los autores los Montoneros usaron sus puestos “ambiguamente”: en ocasiones, actuaron con vocación de transformación; en otros casos, “vieron al Estado como mero proveedor de infraestructura para la organización. Con el paso del tiempo, lo convirtieron en base de agitación para diferenciarse de Perón” (19)¹¹. Otro punto de distanciamiento entre Montoneros y Perón se sucede en ocasión de la renuncia de Cámpora, que la Tendencia vivió como “una derrota” porque “el gobierno de Cámpora les parecía más manejable” (22)¹²: esto suscita una “oposición (velada)” por parte de Montoneros primero a la segunda reelección de Perón y luego a la candidatura de Isabel Perón a la vicepresidencia¹³ (los Montoneros proponían a Cámpora y adjudicaron la designación de Isabel a la “burocracia sindical”). El conocido acto de Atlanta (en agosto de 1973) en el que Firmenich habla en público y se muestra como líder sería, según esta lectura, la primera manifestación pública de “un proyecto montonero” diferente al de Perón¹⁴. Finalmente, el asesinato de Rucci por parte de Montoneros aparece sin duda como el acto más provocador y desestabilizador de esos meses, que, según diversas fuentes, dio pie al apartamiento de muchos militantes de la Organización y la formación de la JP Lealtad, entre otras agrupaciones disidentes. La cronología de hitos rupturistas y desafiantes hacia Perón

¹⁰ Un entrevistado sostiene que “está claro que los que coparon el palco y los que tenían las armas, la mayor cantidad de armas -no eran las únicas- eran los sectores de derecha... Pero [...] fue una tragedia con responsabilidad compartida [...]. Hay mucha discusión... digamos, si [los Montoneros] sabían que había gente armada, si sabían, que estaban llevando a la gente que estaban representando y conduciendo a una masacre...”.

¹¹ Es reiterada esta imagen en varios entrevistados y textos, que coinciden en sostener que la Juventud actuó “como oposición” en lugar de ejercer el gobierno.

¹² Sobre este punto, es ineludible la lectura en clave conspirativa y de “golpe de Estado” que propone Bonasso en *El Presidente que no fue* (1997), que da cuenta del impacto que la renuncia de Cámpora tuvo en la Organización Montoneros. Precisamente, la interpretación que aquí presentamos intenta polemizar con esa lectura sobre el rol de Cámpora: para un entrevistado “todo el proceso político de años y años había sido el regreso de Perón y Perón al poder”, por lo que el candidato “natural” a la presidencia era Perón. Por razones circunstanciales éste elige a Cámpora como candidato, pero “caía de maduro que Cámpora después se iba a apartar, porque para eso había sido elegido. La elección de Cámpora, antes de todo su giro hacia lo juvenil, había sido por su lealtad rayana en la obsecuencia”, lealtad que lo llevó a renunciar para proseguir con el proyecto de Perón: “Y después escribieron la historia como la historia de una manipulación que destituye a un gobernante democráticamente electo”, sintetiza.

¹³ Desde la interpretación que aquí presento, aunque se reconoce la falta de “formación política” de Isabel, los testimonios y los textos coinciden en “justificar” su candidatura aludiendo no sólo a la “estrategia” de Perón, sino también a un “antecedente político” de Isabel: su participación respaldando al candidato peronista a gobernador de Mendoza en las elecciones de 1965: “O sea, que la figura de Isabel, el antecedente que tenía era que cuando tenía que jugar, jugó a favor de Perón”. La revista *Movimiento* también evoca ese hecho (“Perón juega su dama”) en la edición posterior a la muerte de Perón, donde repasa la historia de la flamante Presidente: “Su primer operación política había tenido éxito total y retornaba al lado de Perón para completar quizás su aprendizaje” (*Movimiento* N° 5, 1ra quincena de julio de 1974, p. 11).

¹⁴ Ivancich y Wainfield (1983) sostienen que en ese acto Firmenich se muestra como un líder capaz de suceder a Perón, que incluso imita sus gestos oratorios y su modo de hablar.

continuaría con el operativo Dorrego¹⁵, la renuncia de los ocho diputados de la JP¹⁶, y “la crítica permanente al Pacto Social”. Perón, por su parte, respondía sistemáticamente, como en un diálogo que tornaba cada vez más violento y tenso, a las provocadoras acciones de la Juventud: Perón comenzó a desvincular progresivamente a los representantes de la Tendencia del gobierno y del Consejo Superior del Partido, impulsó leyes contra el accionar subversivo y pronunció discursos de franco tono rupturista¹⁷. Evidentemente, el acto del 1º de mayo de 1974 y la consiguiente retirada de los Montoneros de la Plaza de Mayo constituyen, como se sabe, el momento cúlmine en la ya irreparable relación entre la Juventud y el Líder.

III. Surgimiento, desarrollo y declive de la JP Lealtad

Según los relatos y testimonios, la idea de romper con la organización Montoneros a fin de “acercarse nuevamente a Perón” y acompañar al gobierno encabezado por el líder surge en ocasión del asesinato de Rucci, desde el inicio atribuido a Montoneros. Este tuvo un alto impacto en la militancia de base de Montoneros: “el asesinato de Rucci fue una declaración de guerra”, un hecho sin retorno, sin sentido, hipócrita e insincero (Amorín, 2006: 252), una traición “equiparable a lo de Dorrego”¹⁸ que “dividió las aguas”. Como dijo un entrevistado, para muchos militantes constituyó “la aparición de la muerte”¹⁹.

Como afirma Amorín, para fines de 1973 Montoneros había sufrido dos escisiones importantes: por un lado, un desprendimiento “por izquierda” -poco significativo en términos cuantitativos- de la Columna Sabino Navarro, que “sostenía un planteo clasista y alternativo parecido al del Peronismo de Base”; por otro, un sector “movimientista” que, “luego de largas discusiones que tuvieron su epítome en el asesinato de Rucci, entre principios y mediados de 1974, se separó la ‘Lealtad’. Fractura significativa en términos de calidad, por la veteranía político-militar de los disidentes. Pero peligrosa por su potencial extensión a partir de la

¹⁵ Se trata de “una acción civil entablada por las Fuerzas Armadas [...] junto con la JP y Montoneros, en favor de sectores perjudicados por las inundaciones” (Svampa, 2003) que fue interpretada como una “alianza táctica” entre ambos sectores, y que revelaría “la zigzagueante política de la conducción de la Tendencia”, dispuesta a aliarse con las FFAA para “mostrarse fuerte” ante Perón (Ivancich y Wainfield, 1983: 26).

¹⁶ En señal de protesta y rechazo ante la aprobación del proyecto de Reforma a la legislación penal que Perón había creado -proyecto destinado a agravar las penas para los delitos vinculados con el accionar subversivo-, ocho diputados del FREJULI ligados a la Tendencia renunciaron a sus bancas en el Congreso en enero de 1974.

¹⁷ Perón fue aislando a los representantes de la Tendencia de sus posiciones de poder dentro del Movimiento: para julio de 1973 el Consejo Superior ya no contaba con ningún representante de la Juventud. Asimismo, la destitución de los gobernadores Bidegain y Obregón Cano (Navarrazo), afines a la Juventud, la reforma de la legislación penal y la “forzada” dimisión de los ocho diputados (previa reunión en Casa de Gobierno, en la que Perón aleccionó a los disidentes) constituyeron embates contra los bastiones de la Tendencia en el gobierno.

¹⁸ Un entrevistado, por ejemplo, relata su desconcierto y sensación de “traición” al enterarse de que el operativo había sido decidido en la Unidad Básica de la calle Boyacá (Flores), donde él militaba.

¹⁹ La muerte del padre Mugica –también crítico de la metodología de Montoneros- y las dudas sobre la posible participación de la Organización, sumado a las notas publicadas en el diario montonero Noticias, en las que se hablaba de “festejos por la muerte de un disidente”, también impactó fuertemente en los militantes disidentes.

coincidencia de pensamiento que existía entre los disidentes, gran parte de los veteranos de la Organización y la mayoría de los responsables de los frentes de masas” (2006: 208). En el mismo libro Amorín transcribe el comentario de otro protagonista, que refiere a un proceso de discusión interna que “comenzaba a fructificar en una disidencia ‘por derecha’, movimientista, ortodoxa, o como quiera calificársela, pero en cualquier caso dispersa” (2006: 260).

Se dio, entonces, “un proceso de discusión” profunda entre los militantes en la Unidades Básicas, donde los proto-disidentes insistían sobre la necesidad de eliminar los enfrentamientos internos del peronismo, “recuperar la hegemonía y el protagonismo en el lugar de la ortodoxia”, “desmantelar el aparato militar de la orga” y reconocer que Perón era “la única garantía de justicia social para la Argentina” (Aiscurri, 151-152). Muchos se fueron plegando a la nueva posición, mientras otros decidieron seguir “peleándola desde adentro”. Así se gesta el desprendimiento de un grupo de militantes –cuya importancia numérica varía según las fuentes- que conforma la Juventud Peronista Lealtad y reafirma la conducción y la autoridad de Perón y su plan de gobierno²⁰: “Cuando la orga anunció el retorno a la clandestinidad²¹, hicimos una conferencia de prensa en la que estuvieron representadas más de treinta Unidades Básicas de la Capital Federal, declarando nuestra separación de las regionales y la constitución de una nueva agrupación: Juventud Peronista Lealtad” (Aiscurri, 2003: 159). “Decidimos que, si teníamos que optar por una burocracia, lo haríamos por la que más fielmente respondiera a la conducción táctica y estratégica de Perón. [...] Montoneros y la tendencia decidieron enfrentarlo y no ofrecerse como herramienta para balancear las descompensaciones que podía sufrir el Movimiento. Querían ser El Movimiento y sólo representaban una verdadera soberbia armada” (153).

La JP Lealtad en los diarios

Aunque los relatos orales tienden a marcar la ruptura hacia fines de 1973, los diarios de la época no mencionan a la nueva agrupación hasta abril o mayo de 1974, cuando la JP Lealtad adquiere mayor notoriedad pública.

²⁰ “Hay un grupo que se desprende, que se desprende del aparato militar, no es el más importante, [...] se desprende de la Universidad de Buenos Aires, en los barrios, en algunos lugares de la provincia de Buenos Aires. Y toma esta figura de la Lealtad. Alguna gente que participó [...] decía: ‘¡Qué carajos estábamos haciendo nosotros ahí [en la JP Regionales/ Montoneros], si nosotros habíamos estado contra Vandor y de repente volvimos a parar a un lugar que... Nosotros éramos peronistas y sabíamos que la regla básica era la conducción de Perón!’”.

²¹ Aquí parece haber un error cronológico, dado que la organización Montoneros anuncia su paso a la clandestinidad recién en septiembre de 1974.

Si bien las primeras menciones a la Lealtad datan de principios de abril de 1974 (al menos en La Opinión), a mediados de marzo el diario alude a una “solicitada” que anuncia la separación de un conjunto disidente de la JP Regionales. El artículo, titulado “La JP niega representatividad a un grupo disidente”, se refiere a “un grupo de organizaciones que en una ‘solicitada’ publicada en la víspera se definieron como pertenecientes a Montoneros pero cuestionando a la dirección de la ‘formación especial’. En el documento, tras extensas consideraciones sobre la trayectoria de los Montoneros y la actual situación nacional, los sectores disidentes enuncian una resolución de tres puntos: ‘1° Desconocer a la actual conducción nacional de la organización por ser la responsable directa de las modificaciones [...] de nuestra línea procedimental, apoyada sobre sectores recién incorporados al movimiento y a la organización. 2° reafirmar la nunca desmentida conducción del general Perón, como líder de la clase trabajadora argentina y de la revolución justicialista. Y 3° Convocar a todos los peronistas a ampliar su organización en la Lealtad y su participación activa en la defensa del gobierno del pueblo’. En síntesis, se acusa a la dirección de los Montoneros –que ejercen el señor Mario Firmenich y el doctor Roberto Quieto- de impulsar una política que ‘antepone el esquema de un socialismo dogmático a la voluntad, la experiencia y la conciencia del pueblo peronista, que señalan el claro camino auténticamente argentino de liberación’. Entre los firmantes de la ‘solicitada’ figura una ‘Columna Nordeste, provincia de Buenos Aires, ex Columna Artigas’, que ya cuestionó a la dirección montonera cuando la llamada ‘tendencia revolucionaria’ rehusó acudir a una reunión con el Teniente General Juan D. Perón, en Olivos” (15/03/74).

Hacia principios abril de 1974 la agrupación aparece vinculada a la renuncia de Obeid a la Conducción de la Regional II de la JP (Santa Fe). En el diario se lee que “la renuncia de Obeid es irreversible y producirá una reestructuración de la JP”, y postula que en ese momento existen tres corrientes dentro de la JP: una, dirigida por JM Abal Medina, llamada “Montoneros leales a Perón”; otra que postula que no debe haber parcialidades; y finalmente una “ambigua que disiente con las Regionales” (03/04/74, p. 7). En esa misma edición se menciona por su nombre a la JP Lealtad por su participación en el acto de asunción de Solano Lima como rector de la UBA²². El 5 de abril se publica que “Se insinuó la formación de un grupo de Montoneros leales a Perón” y que “la verticalización de Obeid sugiere un esquema

²² “Los conceptos del nuevo rector fueron largamente aplaudidos por los presentes en el acto [...]. Quienes no los rubricaron fueron los 60 militantes de la Juventud Universitaria Peronista Lealtad (escisión de la JUP adherida a las Regionales) y únicos representantes del estudiantado en la ceremonia. Si bien entonaban adhesiones al nuevo rector (‘Lima, Perón, un solo corazón’), cuando el secretario general de la Universidad, licenciado Ernesto Villanueva, se aprestaba a firmar el acta correspondiente, prorrumpieron en silbidos y entonaron la consigna ‘¡Apoyo a los leales, amasijo a los traidores!’” (La opinión, 03/04/74).

de acercamiento a la ortodoxia de Perón, en base a la línea intermedia de J.M. Abal Medina u Obeid” (05/04/74, p.8). Días más tarde se insinúa que “se habrían realizado contactos entre el gobierno y Obeid” (09/04/74, p. 12); el 13 de abril, la agrupación aparece nombrada como “JP Leales a Perón” (13/04/74, p. 7)²³.

El 30 de abril el diario publica una nota titulada: “Surgió un nuevo sector en las huestes juveniles peronistas. La propuesta de la JP-Lealtad es afianzar la línea doctrinaria”, que reproducimos a continuación:

En un documento en el que se convoca a la población a acudir masivamente, mañana, al acto de la Plaza de Mayo, la agrupación Peronista Lealtad comunica asimismo su constitución, después de un congreso celebrado en la Facultad de Ciencias Económicas, el domingo ultimo. Al congreso prestaron su adhesión diputados nacionales por el FREJULI. [...].

El congreso recibió delegaciones de la Capital Federal y Gran Buenos Aires, Corrientes, Rosario, Norte de Santa Fe y Neuquén. A su termino se elaboró un documento de once puntos, en el que se critica severamente tanto “a la izquierda de la tendencia” (se refiere a la JP de las Regionales y a Montoneros) como a la “derecha vandorista”.

Expresa asimismo que la JP Lealtad acata “incondicionalmente al teniente general Juan Domingo Perón como único jefe del Movimiento Nacional Justicialista y único conductor del proceso revolucionario en al Argentina” y ratifica la “posición ideológica-doctrinaria del justicialismo como arma generadora de la tercera posición”.

Otro de los puntos señala: “Repudiamos el desconocimiento de la consigna vigente de unidad, solidaridad y organización que ha llevado a una guerra de ‘dirigentes’ a una lucha ‘sucesoria’, a una lucha fraticida y debilitante frente a los imperialismos.

Luego, “para concretar la aun inexistente Juventud Peronista, llamamos a la realización del Congreso Nacional que el General Perón pidiera en las reuniones de Gaspar Campos”.

La JP Lealtad constituyó una Coordinadora provisoria integrada por Horacio González (Capital), Edmundo González (Gran Buenos Aires Norte), José R. Canalls (Sur), Ricardo Gomez (Oeste), Mario Maidovani (Unión de Estudiantes Secundarios), Norberto Ivancich (Juventud Universitaria Peronista), Mario Cisneros (Buenos Aires), Enrique H. Vallejos (Santa Fe), Roberto Hyen (Rosario) y Víctor Espinosa (Corrientes).

El surgimiento de la JP Lealtad se hace público en el contexto de los encuentros entre Perón y “las Juventudes” que se sucedieron hacia principios de 1974, cuyo objetivo era

²³ Con respecto al nombre de la agrupación, algunos entrevistados comentaron que se intentó, inicialmente, conservar el nombre original de “Montoneros”. También mencionaron que en La Plata, por ejemplo, hubo resistencias para denominar “Lealtad” a la nueva organización dado que ese nombre “se oponía a la traición” y creaba divisiones que podían alejar a potenciales adherentes. Gillespie (1988) denomina a la agrupación JP “Leal”.

encauzar los conflictos internos al Movimiento mediante la organización de una “Asamblea Juvenil” (La Opinión, 29 y 30/01/74). Otras reuniones apuntaban a organizar el acto del 1° de mayo. Montoneros se mostró reticente a esas reuniones con el líder, a las que a las que sí acudieron líderes de superficie de la JP Regionales como Obeid, Dante Gullo y Añón, entre otros representantes de las distintas vertientes de la juventud. En efecto, la “no concurrencia [de Montoneros] a la entrevista con Perón del 14 de febrero, fue el acontecimiento que suscitó mayores rupturas. Se la consideró un desconocimiento de la conducción y del consenso que encarnaba Perón” (Ivancich y Wainfield, 1983: 33).

Luego del acto del 1° de mayo de 1974²⁴, acto en el que la columna de militantes de la Lealtad se muestra por primera vez con un estandarte con la inscripción “LEALTAD” sobre una bandera argentina y permanece en la Plaza de Mayo en el momento en que Montoneros se retira²⁵, el periódico La Opinión informa, en una nota de tapa, sobre la existencia definitiva de la nueva organización: “Nuevos encuadramientos de la JP. El proceso de escisiones a nivel de la JP de las Regionales ya ha comenzado: en el término de los últimos 40 días aparecieron la Juventud Peronista Lealtad, la Juventud Universitaria Peronista Lealtad, La Unión de Estudiantes Secundarios Lealtad” (3/05/74, tapa). “Son factibles nuevas fracturas... la última escisión, que constituyó la JP Lealtad, a expensas del sector montonero, es tal vez la más importante” (10/05/74, p. 12). “Un grupo escindido de la JP forma otro nucleamiento. Se trata del sector encabezado por Obeid, aduciendo que había que rodear al presidente Perón y evitar cualquier actitud divisionista”. En la nota se interpreta que ese grupo confluirá en la JPL (12/05/74).

Su orientación ideológico- política fue definida públicamente como “una escisión verticalista de las Regionales” (La opinión, 28/05/74, p.10), “un sector intermedio del justicialismo actual, tan distante de la JP Regionales como de la ortodoxia partidaria” (22/05/74, p. 8), caracterizado por su “movimientismo” y sobre todo, por su lealtad a Perón, que “trata de captar a las masas de las Regionales apelando a propuestas políticas concretas”. Su tesis era que “el establecimiento de nuevas tácticas y estrategias debe privilegiarse” y su principal objetivo era “romper el aislamiento y acercarse al sindicalismo”. Según el mismo

²⁴ Días antes del acto, circuló entre los militantes de la JPL un folleto titulado: “1° de mayo: junto a Perón y los trabajadores”, firmado por la JUP Lealtad: “El 1° de mayo concurremos masivamente a la plaza para reafirmar nuestra lealtad garantizando organizativamente la participación del conjunto del Pueblo argentino”.

²⁵ Aiscurri relata que en el Acto del 1° de Mayo, “aplaudimos a Perón cuando trataba de imberbes a los Montos” y que “cuando decidieron retirarse de la concentración, de la fiesta popular, nosotros cantábamos con la multitud ‘Se van, se van, y nunca volverán’” (2003: 159). Otros relatos –para los cuales el distanciamiento y la retirada de los compañeros tuvo un fuerte impacto emotivo - tienen un tono menos optimista.

periódico, la JP Lealtad “busca la síntesis ideológica: lucha anti-imperialista y protagonismo popular” (28/05/74, p. 10)²⁶.

El diario también da cuenta de la expulsión de la JPL de la organización Montoneros: “Por traidores se resolvió expulsar a la JP Lealtad” (12/05/74, p. 12-13).

Del diario La Opinión se desprende que la relación de la JPL con otros sectores del arco político fue tensa no sólo con la Organización Montoneros, de la que se había escindido, sino también con la llamada “derecha” peronista. En efecto, mientras algunos la definían como “disidente por derecha” (Gillespie, 1988: 175; Amorín, 2006) –en *La voluntad* se dice que la JP Lealtad tenía “mala prensa” por su intento de mantenerse cercana a Perón, y sus militantes eran pública y reiteradamente acusados de “traidores” por sus ex compañeros montoneros²⁷–, la JPL también fue perseguida por la derecha peronista. Sobre ese punto, La Opinión planteaba: “aunque no son muchos, [los integrantes de la JPL] plantean un interrogante ideológico: ¿se logra ir hacia la izquierda al enfrentar a Perón o por el contrario se propicia el clima para un golpe de la derecha? Se los llamó ‘oportunistas’. Pero la derecha no los acogió, los trata de ‘izquierda disfrazada’” (29/05/74, p. 9).

Un nuevo espacio político

En cuanto a los líderes políticos más visibles y significativos de la Juventud Peronista Lealtad, éstos pertenecían, mayoritariamente, al ala política (de superficie) de la JP Regionales y no al grupo a cargo de la conducción militar. Obeid aparece como la figura más reconocida: según el diario La Opinión, aunque aparentemente “no está encuadrado formal u orgánicamente en la JPL”, Obeid es el líder (28/05/74, p. 10). En el ámbito universitario, N. Ivancich (jefe de la JUP) jugó un rol importante²⁸. En cuanto a los militantes de base, en general, los disidentes eran militantes de superficie, “aspirantes” de baja graduación dentro de

²⁶ La lucha contra el imperialismo y la “oligarquía” tuvo una fuerte impronta en el discurso y programa de la JPL: en efecto, en la revista Movimiento se publican numerosos artículos denunciando a la “oligarquía ganadera”, los “monopolios” y el “liberalismo reaccionario”, que “resisten la política de reconstrucción” de la Nación.

²⁷ Cfr. el artículo “Por traidores se resolvió expulsar a la JPL” (12/05/74, p. 12-13). Ver también la edición del 14 de mayo de 1974, donde, en ocasión del entierro de Mugica, se comenta que “un grupo de la JPL trató de impedir el acceso de ambos [JP y Montoneros] a la capilla ardiente, mientras se oían gritos de ‘traidores’” (14/05/74, p. 10-12). Ivancich y Wainfield comentan que “internamente (según cable de Télam publicado en ‘La Razón’, febrero de 1974) [la Tendencia] caracterizó a los que se iban como ‘cobardes, peronistas nuevos, pequeño-burgueses universitarios, provenientes de núcleos internos no integrados correctamente (ex FAP)’ (sic). La revista ‘De Frente’ [...] desarrolló en su N° 7 del 20.6.74 [...] una visión similar. Habló del ‘oportunismo sin control’ de los militantes de la Lealtad quienes ‘esperan premio’ y ‘quieren cargos y manija... en la Universidad’” (1983: 42).

²⁸ Aunque esto no se ratifica en los documentos ni en los testimonios, J.M. Abal Medina también ha sido vinculado a la JPL. Esto se observa en las citadas notas del diario La Opinión. Por su parte, Bonasso también lo sugiere: “Abal Medina [...] estaba enfrentado con Montoneros, que lo acusaba de propiciar la escisión ortodoxa conocida como “Lealtad” (1997: 600). Cfr. la nota 32.

la estructura montonera que no habían adquirido aún compromisos militares (de hecho, algunos sugieren que puede pensarse que la disidencia estaba vinculada a la escasa posibilidad de ascenso de los aspirantes dentro de la Organización): se trataba de los militantes “más peronistas”, los “más vinculados al trabajo barrial”.

Por lo que se conoce, la mayor parte de las fracturas se dio en diversas Unidades Básicas de las Regionales I (Capital Federal, especialmente en la zona Oeste) y II (Santa Fe). La Columna Norte “Gervasio de Artigas” también fue conocida por plegarse a la Lealtad: para un entrevistado, esa fue la fracción más “visible” de la JPL. Aiscurri lo relata así: “La fractura que generó la JP Lealtad había alcanzado también a la orga. Como consecuencia de ello, tuvimos noticias de que se había formado una nueva orga, la Columna Artigas de Montoneros que seguía operando militarmente aunque se reconocía en el campo de la ortodoxia” (Aiscurri, 2003: 168; cfr. también *La Opinión*, 15/03/74)²⁹.

Por el tipo de estructura organizativa de la JPL, no se celebraron muchas reuniones generales: además del Congreso que dio origen a la agrupación, en la facultad de Ciencias Económicas a fines de abril de 1974, Aiscurri relata que hacia fines de 1974 se organizó otro Congreso de la JP Lealtad en la sede del sindicato de los telefónicos (2003: 169).

La distribución del poder territorial y material fue un problema de difícil resolución: por un lado, algunas Unidades Básicas quedaron en poder de los montoneros y otras en poder de la Lealtad, en función del número de militantes disidentes. Con respecto a las armas y los recursos materiales, se comenta que eran habituales los “forcejeos” y las “prepoteadas” para que los disidentes devuelvan las armas, lo que generaba conflictos.

Según los entrevistados, la organización cotidiana de la militancia en la JP Lealtad no revistió mayores diferencias con respecto a las prácticas dentro de Montoneros. La práctica militante era exactamente “igual” que antes, pero ahora “la mayor parte de la militancia est[aba] destinada a defender el gobierno de Perón y a criticar, a terminar de elaborar el proceso de la ruptura y a rescatar tipos de adentro”.

La militancia en el interior de la nueva agrupación buscaba ser menos burocrática y verticalista que la anterior, aunque se estructuraba en Unidades Básicas y cada sección tenía un referente. Su modo de organización y los espacios de discusión eran más “asamblearios” y menos “orgánicamente estructurados” que en Montoneros. Un entrevistado comenta que, de

²⁹ Según Ivancich y Wainfield, la columna Artigas de la provincia de Buenos Aires fue uno de los primeros núcleos que se desprenden de Montoneros: “mediante un extenso documento, hizo públicas sus diferencias ideológicas y políticas con la conducción montonera” (1983: 33). Pero no queda claro que se haya integrado a la JPL.

todos modos, finalmente “terminamos peleándonos en el forcejeo para ver quien tenía preponderancia o hegemonía en ese espacio: era exactamente lo mismo [que antes]”.

El trabajo continuó desarrollándose en las Unidades Básicas barriales, donde, según un testimonio, se hacían “tonterías de UB: peñas, etc.”; “lo que hacíamos era muy pobre”, dice un entrevistado. Aiscurri comenta, en cambio, que durante el año 1974 su militancia fue intensa y que su UB se fue transformando en “un verdadero centro cultural” barrial. Un entrevistado recuerda que la última actividad de su grupo fue repartir volantes en la Av. 9 de Julio en repudio al padre V. Bonamin (vicario castrense que había llamado a una “reparación moral ahogando en sangre las divergencias”), tres o cuatro días antes del Golpe de marzo de 1976.

Con respecto al uso de las armas, la JPL “tenía insinuaciones” con los armamentos y consideraba que éstos podían ser necesarios en caso de emergencias, pero no buscaba operar como una estructura militar ni guerrillera. Un protagonista sugiere que, de todos modos, una parte de la organización seguía con actividades militares, y que incluso secuestró empresarios (“lo mismo pero al servicio del bien” –ironiza-), actos que fueron rápidamente “descubiertos por la policía”.

La JPL tuvo una presencia importante en el ámbito universitario, donde la tensión con los militantes de Montoneros se vivió con intensidad. En ocasión del nombramiento de Solano Lima como interventor de la Universidad de Buenos Aires (en marzo de 1974), donde había “cuatro o cinco decanos que se habían plegado a la Lealtad” (en Económicas, Ingeniería, Exactas, Agronomía, etc.), la JPL publica una solicitada de apoyo al nuevo funcionario (cfr. La Opinión, 03/04/74), que era rechazado por Montoneros. Estos organizaron una concentración de repudio a Solano Lima, que movilizó a muchos estudiantes de la facultad, dando lugar a “forcejeos” y peleas verbales y físicas.

Decíamos también que uno de los principales objetivos de la JPL era estrechar lazos con el sindicalismo, por lo que muchos de sus militantes se vincularon con algunos dirigentes de la CGT que “no tenían prejuicio con los sectores medios” y se generaron estrategias de acercamiento a ese sector³⁰. Luego de la muerte de Perón, en la revista Movimiento se reconoce, en tono elogioso, que la CGT “va insinuando una lucha política superadora de la lucha de facciones –tanto internas del movimiento obrero como del justicialismo y del

³⁰ Un entrevistado relata que en ocasión de la llamada “misión Ivanisevich”, en la que el ministro de educación Ivanisevich designa interventor de la universidad a A. Ottalagano (representante de sectores ultraderechistas), muchos de los militantes universitarios de la JPL deben irse de la universidad y son acogidos por la CGT.

gobierno- para poder realmente asumir un rol de eje del proceso que será, por carácter transitivo, un respaldo eficaz y creador a la conducción de Isabel”³¹.

Un interrogante fundamental es si la JP Lealtad tenía un vínculo efectivo con Perón. Además de las mencionadas reuniones de Obeid con el Presidente, los entrevistados sostienen que los dirigentes de la Lealtad se reunieron en numerosas ocasiones con el líder. Aparentemente, Perón tenía un interés especial en fortalecer la nueva agrupación a fin de desmembrar y debilitar la cada vez más conflictiva y crítica JP Regionales y su brazo armado, Montoneros³². Como indica un entrevistado, la estrategia de Perón era “desplumar a la gallina sin que grite”, esto es: “robar” progresiva y sutilmente, cuadros de la organización Montoneros para acercarlos a sus filas. Así lo afirma también el diario La Opinión: “el gobierno apunta, aparentemente, a recuperar parte de la masa juvenil catequizada por la JP a través del sector Lealtad” (22/05/74, p. 10). En todo caso, es posible deducir que para el gobierno el nacimiento de la Lealtad constituyó una señal, que empleó en su favor, de que el poder de la Juventud estaba debilitándose: como muestra el diario La Opinión, un cable oficial de TELAM posterior al 1° de mayo de 1974 sostenía que “la retirada de los Montoneros de la Plaza de Mayo mostró ‘el deplorable espectáculo de seudorrevolucionarios’ y demostró ‘quiénes son los peronistas y quiénes los infiltrados’”. El cable alude a “algunos hitos [que dan cuenta] de la crisis de la tendencia”: la creación de la Juventud Peronista Lealtad es uno de ellos (05/05/74, p.15).

Un punto decididamente polémico es la posición que los militantes de la JP Lealtad adoptaron con respecto a López Rega. En términos generales, los entrevistados se distancian fuertemente de esta figura: “López Rega era claramente como un enemigo, un agente externo, infiltrado”³³. Sin embargo, también reconocen que “[algunos] empiezan a practicar el fanatismo de los conversos, esto es, se hacen Isabelistas y Lopezreguistas, sin llegar a caer en la práctica criminal de López Rega, pero es como que quieren justificar todo. Pero yo entiendo que eso tiene que ver con principio de acción y reacción, gente que estuvo muy *metida* y que después, cuando empieza a aparecer [...] Lealtad, se pasa del otro lado”. Sin

³¹ Movimiento N° 7, 1ra quincena de agosto de 1974, p. 7.

³² En una entrevista reciente (1996) J. M. Abal Medina sostiene la hipótesis de que la JP Lealtad surge como resultado de las disidencias que el mismo Perón creó dentro del Movimiento Montonero: “Perón intentó crearles diferencias internas a Montoneros, con la formación de la JP Lealtad”.

³³ En la primera edición de la revista Movimiento luego de la muerte de Perón, la JPL se pronuncia con respecto a la permanencia de López Rega como secretario privado de la Presidencia: “Si la confirmación de López Rega representara abrir una vía de mayor influencia al sector interno que él conduce –que por cierto no es uno de los más representativos- las consecuencias políticas podrían originar un deterioro para el gobierno. Pero la decisión de confirmar al secretario privado, en sí misma, tuvo la virtud de mostrar quién manda en la Argentina. [...] Si Isabel hubiera cedido a las presiones, ahora tendría, con suerte, una pequeña cuota del poder que el Líder le dejó” (Movimiento N° 5, 1ra quincena de julio de 1974, p. 5).

embargo, y estrechamente vinculado con la intención de acercarse al sindicalismo, otro entrevistado aclara: “pero [...] había que hacer una distinción: entre lo que era el lopezrreguismo como estructura política, y el sindicalismo, [que] con sus matices y todo eso, era una fuerza distinta. En algún momento estuvieron juntos para cagar a los “Monto”, pero en el 75 ya se murió Perón y el sindicalismo lo echa a López Rega”.

El acercamiento a Perón y la adopción de un programa más “ortodoxo” ubicaba a la JPL en una posición problemática con respecto a otras agrupaciones decididamente lopezrreguistas y ubicadas en la derecha peronista. Tal es el caso de la JP de la República Argentina (JPRA), de la cual la JPL se mantuvo claramente distanciada. La línea de distinción de la JPL con respecto a la JPRA pasaba por “seguir aceptando la interpretación de la historia que hizo Montoneros: el siglo XIX, el federalismo, las montoneras del interior, el Irigoyenismo”, un historicismo complejo y denso que articulaba las luchas populares del pasado con las demandas del presente.

En cuanto al impacto de la represión de la Triple A y de la Dictadura en los militantes de clases medias de la JPL, para “la gran mayoría, haber estado en la Lealtad fue un salvoconducto, salvo casos excepcionales. Los milicos, los oficiales de inteligencia de los milicos tenían claramente identificados a los grupos”. Esto se debe a que “la estrategia que se aplicó era la estrategia de la OAS de los franceses en Argelia: hacen el rastrillaje y empiezan a agarrar a los perejiles, a los de la superficie hasta enganchar las citas. Y así tratan de llegar a la cabeza. [...] Entonces, nosotros no le servíamos para eso”, por su “desvinculación” de los cuadros jerárquicos de Montoneros. Sin embargo, muchos sostienen también que, una vez muerto Perón, las fuerzas represivas no distinguían entre Montoneros y Lealtad, de modo que cualquier militante juvenil podía ser víctima de la violencia estatal y paraestatal.

La revista Movimiento

La Revista *Movimiento para la reconstrucción y la liberación nacional* fue el órgano periodístico de la Juventud Peronista Lealtad. Se trata de una revista quincenal que tuvo diez números: la primera edición apareció en la segunda quincena de abril de 1974³⁴ y la última, en septiembre. Su director era Miguel Saiegh, y contaba con Horacio Eichelbaum, Ricardo Roa y Hernán Patiño como colaboradores.

El tono general de la revista es de apoyo al gobierno. En efecto, las notas enfatizan en los logros del gobierno peronista en el último año y en el indiscutible liderazgo de la persona de Perón, oponiéndose a “las sectas minoritarias” que pretenden “aventajar, superar o

³⁴ En la edición del 24/04/74 el diario La Opinión informa sobre la aparición del “órgano de la JP disidente”.

competir con Perón”. El aval a la gestión isabelista debe enmarcarse en el contexto de transición y desconcierto de los primeros meses posteriores a la muerte de Perón.

Un dato a destacar es que la revista presentaba publicidades oficiales (de Ferrocarriles Argentinos, Bienestar Social, DGI, entre otras); sin embargo, en sus páginas también se mencionan y se repudian las muertes de militantes peronistas a manos de lo que ya entonces se conocía como la Triple A.

En su cuarto número, la revista se pronuncia sobre el (último) discurso de Perón del 12 de junio, y afirma que éste constituyó un “antes y un después”: “Después del 12 de junio, está todo dicho: ni Perón ni los peronistas nos apartamos del rumbo de la liberación. A quienes creían que el Movimiento o la herencia se podían ganar a tiros, Perón les recordó que el pueblo es el que guía y orienta y que el pueblo es su único sucesor. [...] y esto fue lo fundamental del 12 de junio: porque era la lucha a tiros, la fiebre de la sucesión la que –como sostenía Movimiento- venía separando al pueblo del proceso”³⁵. En un apartado (“En el sube y baja”) la revista se dedica a ironizar sobre la inasistencia de la Tendencia al acto del 12 junio, que adujo haber “llegado tarde”. La nota sostiene además que las bases de la Tendencia se acercan cada vez más al peronismo, y que las palabras del Líder en el acto acelerarían más ese proceso.

En la edición de la primera quincena de julio de 1974, inmediatamente después de la muerte de Perón, la nota de tapa se titula: “No dejar sola a Isabel. Ahora, cada peronista es Perón”. En el editorial se lamenta la muerte del líder, y se insta a seguir adelante con el proceso: “no queda otro remedio que seguir avanzando. No sólo el país lo exige, no sólo lo determina la propia marcha de la revolución peronista, sino que es el mandato que el propio Perón nos dejó. En medio de la desgracia, tres cosas, sin embargo, debemos agradecerle a la providencia. Una, que Perón haya estado junto a nosotros para triunfar frente a los enemigos del pueblo, poniendo en marcha la revolución. La segunda, que haya dejado al frente de la Nación a su compañera en la vida y en la lucha, Isabel de Perón. Y la tercera, que en estos pocos y sombríos días de julio los peronistas hayamos madurado de golpe. Cada uno de nosotros recordó la vieja frase del general, de que *cada peronista lleva el bastión de mariscal en su mochila*. [...] Todos los peronistas seremos ahora Perón”³⁶. En otro artículo se trata el problema de la sucesión del poder en Isabel³⁷, a la que se califica como “la mejor discípula” y cuyos antecedentes políticos se relatan en detalle. Otros artículos de esa edición se dedican a

³⁵ Movimiento N° 4, 2da quincena junio 1974, Editorial.

³⁶ Movimiento N° 5, 1ra quincena julio de 1974. Editorial

³⁷ Sobre la relación de Isabel con López Rega, cfr. nota 33.

recordar y reafirmar la “doctrina y los métodos de lucha” legados por Perón para “alcanzar la victoria” y a rememorar el liderazgo y las consignas del “Conductor”.

En la primera edición de agosto del mismo año, la revista continúa apoyando a Isabel: en efecto, una de sus notas de tapa es titulada “Por encima de las ‘roscas’ Isabel MOVILIZA”. En el editorial, se afirma que “en los círculos del poder los periodistas detectan un clima: ‘el proceso se está deteriorando’, dicen los entendidos. En los medios populares, en cambio, se siente cada vez con más claridad que Isabel Perón se lanza a la tarea continuadora del Líder. [...] Ya no está en duda que Isabel conduce con autoridad el Estado”. Pero el artículo también alerta sobre los potenciales riesgos de su gestión: “nadie ignora, tampoco, que las dotes de Isabel como conductora deben aun soportar la prueba de la realidad. [...] En este momento, el sabotaje contra Isabel tiene dos vertientes principales: la de los enemigos del proceso –que ejercen cada vez con más ardor la violencia y el asesinato desde ambos extremos- y la de los que pretenden *utilizarlo* en provecho propio para crecer políticamente a su amparo, para ganar espacio en las zonas de poder, aun a riesgo de romper el cuidadoso –y todavía precario- equilibrio de fuerzas logrado por Perón”³⁸. En esa edición también se dedica un artículo laudatorio a la “nueva estrategia de la CGT”, dispuesta a colaborar con el gobierno en las decisiones en materia de política económica.

En la última edición de la revista, la N° 10, de la segunda quincena de septiembre de 1974, se destaca una columna dedicada a la noticia sobre la “autoproscrición” y el retorno a “las formas armadas de lucha” por parte de la Organización Montoneros: “la autoproscripción de Montoneros dio origen a expresiones de condena provenientes de diversos sectores tanto peronistas como extrapartidarios”³⁹. En otro de sus artículos, “Las muertes de cada día matan el proceso”, se afirma -abonando el argumento según el cual los sectores radicalizados “provocaban” la represión- que “la violencia subversiva y parapolicial amenazan de muerte a nuestra revolución” y se repudia la “violencia represiva” y “el terror” que domina las calles: “La guerrilla busca crecer [...] Su objetivo es lograr un clima de pánico, un estado de intranquilidad permanente: esto favorece su práctica actual dirigida a derrocar al gobierno popular. Frente a ella la violencia represiva, la indiscriminada acción asesina de los grupos parapoliciales, escuadrones de la muerte y comandos de ultraderecha resulta el complemento perfecto que ellos buscan. La represión hace tanto o más que los guerrilleros por lograr un clima de pánico y un estado de intranquilidad permanente. Juntos, guerrilleros y contra-

³⁸ Movimiento N° 7, 1ra quincena de agosto de 1974. Editorial. Otro de los artículos de esa edición se titula “Isabel se afirma en el gobierno desalentando a quienes especulaban con su presunta debilidad”.

³⁹ Movimiento N° 10, 2da quincena septiembre de 1974.

guerrilleros, arrastran al desastre al proceso de la revolución peronista”⁴⁰. También se dedica una nota de doble página a la muerte de J.L. Nell, al que se caracteriza como “todo lo contrario de un terrorista” y como “víctima demorada de la masacre de Ezeiza” y de “las bandas armadas infiltradas en el peronismo”⁴¹. Otra de las notas de la revista se titula “Rucci: ni superperonista ni traidor. Algunos endiosan ahora su figura –pese a haberlo atacado en vida- mientras otros lo atacan para justificar un crimen innecesario”.

La revista Movimiento publicó su último número en septiembre de 1974. Ese mes, una bomba fue colocada en su local de redacción de la calle Agüero y el órgano de la Juventud Peronista Lealtad debió cerrar. La represión, la violencia y las tensiones hacia adentro y hacia fuera del peronismo se hacían cada vez más crudas, y se avecinaban tiempos de repliegue y aislamiento.

El fin de la mística

La Juventud Peronista Lealtad existió formalmente como organización hasta el Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Al principio, sus actividades consistieron sobre todo en apoyar al gobierno y en el trabajo barrial. Hacia fines de 1974 y en 1975, la organización comenzó a desmembrarse y a desvincularse del gobierno, aunque persistían los vínculos y se realizaban actividades aisladas. En ese período muchos militantes abandonaron la organización. Un entrevistado sintetiza así el espíritu de los que se quedaron: “Se apoyó hasta al final al gobierno, pero sin mística y sin militancia”⁴².

A medida que avanzaban los meses y el gobierno de Isabel iba perdiendo poder, credibilidad y capacidad de control de la situación, y ante la amenaza cada vez más certera del golpe militar que se avecinaba, la existencia de la JPL se pareció cada vez más a una “supervivencia”: “no había una estricta relación con el gobierno, pero ya no éramos Montoneros. *Sobrevivimos ahí hasta el Golpe* [...]. Estábamos muy acosados, lo que hacíamos era muy pobre. Ya no teníamos sentido, el gobierno nos miraba con desconfianza”. “La situación era falsa, pero uno quería creer en un suelo más firme. Eso no podía durar.

⁴⁰ Movimiento N° 10, 2da quincena septiembre de 1974, p. 7.

⁴¹ José Luis Nell quedó paralítico como consecuencia de la masacre de Ezeiza, y se suicidó en agosto de 1974. En el libro de Gillespie (1984: 78) aparece como integrante e impulsor de la JP Lealtad. En una entrevista H. González sostiene que en los “momentos de disidencia” tuvo charlas muy buenas con J.L. Nell (“el máximo de los refinados”, “una especie de dandy, un gran aristócrata”), que tenía una visión melancólica, amargada de la experiencia de Montoneros. Su visión de “soldado estoico” era “irse y no ser más nada”, “no hacer politiquería, no criticar a Montoneros”: él sostenía que “si estuviste ahí después no podés decir nada”, que hay que “asumir virilmente” la experiencia. La nota de la revista comenta que Nell se separa de Montoneros a fines de 1973 y decide no integrar ningún otro sector interno.

⁴² Evidentemente, este apoyo y defensa del gobierno y la gestión de Isabel Perón fueron matizados y puestos en cuestión en todas las fuentes contemporáneas que he consultado, tanto en las entrevistas como en los textos de Ivancich y Wainfield, Amorín, Aiscurri, etc.

Había una pieza fundamental [Perón] que había dado el nombre a todas las luchas y todo lo que se hacía. El hilo institucional no alcanzaba, no podía ser”. Además, a medida que el peligro y la amenaza de la represión aumentaban, comenzó a privilegiarse la lógica del cálculo cotidiano, de la supervivencia: “pensábamos que habíamos hecho un gesto de desintensificación de la hostilidad montonera hacia el gobierno peronista, pero eso no resguardaba a nadie. De hecho, el terror te dice ‘todos caben’”.

La percepción *post factum* de los militantes parece ser que la Juventud Peronista Lealtad naufragó en su intento de reforzar el gobierno peronista, revertir los “errores” de la juventud radicalizada y evitar el avance militar. Sobre las razones del “fracaso” de la Lealtad, Amorín sostiene que el intento de organizar otro espacio –en tanto organización de cuadros y frente de masas- alternativo a Montoneros “fue desastroso, y su fracaso se debió [... a que] –después de la muerte de Perón- había dejado de existir el espacio para luchar por un cambio en las relaciones de poder en el contexto de un movimiento peronista hegemonizado por la derecha delincencial en primer término y, posterior aunque efímeramente, por el sindicalismo” (2006: 269).

Dado el curso de los hechos posteriores a la muerte de Perón –el aumento de la violencia, la creciente represión, la cada vez mayor desvinculación del gobierno con respecto al pueblo, las regresivas medidas económicas- puede observarse que la interpretación de las causas del fracaso de la JPL poco tienen que ver con las de su surgimiento: como se ve, en esta evaluación sobre el destino y el final de la JPL ya no pesa el accionar de Montoneros, ni su lógica político-militar, ni siquiera su distanciamiento de Perón (la Lealtad había logrado desidentificarse y en cierto modo distinguirse de todos esos rasgos), sino el contexto, el trágico rumbo que la política y la sociedad argentinas habían tomado desde mediados de 1974. Como dice Amorín –matizando la crítica hacia la Orga- “los compañeros de la conducción nacional [...], con todos sus defectos, no fueron el enemigo. Aunque, con sus erróneas decisiones a partir de 1973, contribuyeron a su victoria” (Amorín, 2006: 216).

Uno de los testimonios sugiere que una de las debilidades de la JPL consistió en la dificultad que tuvieron quienes se habían apartado de Montoneros de “trasladar la fuerza del mundillo originario [el de Montoneros]”: “Tenías la sensación inocultable de que era como un *chantismo*, era hacer algo que mantenía los nombres, con una *corrección*: rever los elementos que producían la crítica al peronismo de manera poco adecuada, rever el uso de las armas. Yo creía que transfiriendo a un ámbito más modesto la gran acumulación de exigencias, la idea de que la Revolución iba a llegar pero con ciertas dosis, etapas, menos crispado, menos súbito... pero eso no era adecuado para el momento, no era adecuado para una ruptura”.

Según el balance de Ivancich y Wainfield, “La ‘Lealtad’ rescató el pasado de lucha de los Montoneros. Sus consignas básicas fueron: movilización y participación popular. Esta búsqueda de síntesis le permitió concitar adhesiones de militantes no provenientes de la tendencia que compartían esas consignas y que repudiaban las actitudes de los cenáculos de la derecha peronista. La Lealtad procuraba no ser un elemento inerte, sino articular su propio crecimiento y desarrollo con el proyecto de Perón. De ahí la elección del término ‘lealtad’ y no de ‘verticalidad’. Se compartía el proyecto, lo que no era lo mismo que acatarlo ciegamente” (1983: 33). No obstante, los autores consideran que la JPL no logró construir una “propuesta clara” debido a varias razones, entre ellas: “1) sus limitaciones de origen: la ‘Lealtad’ nació como negación a una política, lo que no determina por sí coincidencia en una alternativa superadora. Buena parte del accionar de la ‘Lealtad’ se orientó a la crítica y el ataque a la tendencia. Aunque las críticas fueran válidas, el discurso resultaba meramente negativo: predominaba el reproche al ‘otro’ y no la propuesta; 2) la práctica política del propio gobierno de Perón (y luego el de Isabel) tornaba inviable la posibilidad de un espacio político caracterizado por las consignas de la ‘Lealtad’” (33).

IV. Los avatares de la lealtad y la traición

Con el retorno de la democracia, finalizada la represión y la violencia de la Dictadura Militar, comenzaron a surgir una pluralidad de voces y relatos que buscan interpretar y analizar las complejidades que caracterizaron al período del tercer gobierno peronista, y sobre todo, el inédito e intenso fenómeno de las organizaciones político-militares. De modo que, treinta años después de acaecidos los hechos, todo balance sobre la experiencia de la militancia en general, y de la existencia de la Juventud Peronista Lealtad en particular, está necesariamente impregnada de contradicciones y polémicas. Además, la revisión -crítica o no- de ese pasado en el que los militantes estuvieron profundamente involucrados emocional y físicamente, y en el que muchos de ellos comprometieron y hasta entregaron sus vidas, atravesando situaciones de extrema violencia y represión, conlleva un proceso de elaboración personal y subjetivo que supera el análisis estrictamente histórico.

Como vimos, los militantes montoneros “disidentes” que conformaron la JPL fueron a menudo tildados de “traidores”. Ese mote, la contracara exacta de la “lealtad” que la nueva organización pretendía revindicar, acarreó consecuencias subjetivas y cotidianas difíciles de sobrellevar para los militantes: como sostienen los testimonios, el grado de compromiso con la Organización era tan profundo e involucraba tantos aspectos de la vida (desde la vida

cotidiana en la clandestinidad o semi-clandestinidad hasta la vida política, familiar y social⁴³), que la ruptura dio pie a sensaciones de “abandono” y “orfandad” (“estábamos al descubierto, a la intemperie”), de falta de sentido y de falta de protección: “asumir el costo de la ruptura era una cosa fuerte porque la organización, las organizaciones eran contenedoras y reguladoras de casi toda la vida, del ingreso de todas las relaciones, las amistades, las parejas, todo... [...] tomar una decisión así era tremendo”. Era como irse “de la casa de tu papá, tu mamá, que te mantenían, que te daban todo [...] Todos te repudiaban, no te daban más y encima te tildaban de traidor, y sabiendo que había un código penal y que la traición se castigaba con la muerte⁴⁴”.

Cargar con la acusación de “traidor” es aun más duro cuando se atraviesan momentos de peligro y la muerte amenaza cotidianamente: como dice H. González, “en las relaciones interpersonales es difícil sacarse ese mote por la sospecha de abandonar compromisos a cambio de proteger [la propia] vida”. Además, la denuncia de “traición” implicaba que el “disidente” había abandonado la causa y claudicado en el proceso revolucionario, lo cual generaba también sentimientos de culpa y debilidad. Otro punto problemático reside en el hecho de que muchos militantes de la Lealtad sobrevivieron a la represión de la Dictadura, mientras gran parte de sus ex compañeros montoneros fueron víctimas de la desaparición, la tortura y la muerte. Es por eso que algunos militantes de la Lealtad tienen una mirada poco feliz y poco triunfalista de aquella experiencia: “el desviacionista, el que va para otro lado con otro nombre haciendo cálculos más “atemorizados”, o “cautelosos”, como creíamos, no tiene suerte. Yo viví medio amargado durante ese periodo al descubrir [...] la situación de orfandad en la que estábamos”. Otros, en cambio, rescatan la experiencia a pesar de sus complejidades y valoran la dimensión simbólica de su lucha, que, en aquel momento, respondía a sus convicciones profundas y que se prolonga incluso hasta hoy, en las disputas por la interpretación y el sentido de aquellos tumultuosos años.

Los años setenta estuvieron signados por una mística heroica que llevó a muchos jóvenes militantes a comprometer sus vidas por una causa política. Las figuras del héroe, del traidor y del mártir han atravesado la larga y sinuosa historia del peronismo, en una cadena de relatos y mitos en los que la traición y la lealtad van delineando las fuerzas, las tensiones y las debilidades de ese multifacético movimiento político. El derrotero de la JP Lealtad no escapa

⁴³ Se evoca el caso de un militante de Montoneros cuya mujer se va a la JPL, lo que provoca una ruptura no sólo política sino también sentimental y familiar.

⁴⁴ Si bien en la Organización Montoneros existía un “código penal” que castigaba la traición y la delación, no he conocido casos de juicios o castigos por parte de la Organización hacia militantes disidentes que hayan participado en la JPL. Sí se sabe que una militante de la JPL desapareció (cfr. La Opinión, 13/04/74). Un entrevistado mencionó también el fusilamiento de una militante de la Lealtad a manos de Montoneros.

a ese juego dialéctico y circular: surgida como consecuencia de una “traición”, una traición a Perón y a los militantes -a cuyas espaldas la muerte de Rucci fue decidida (que a su vez puede pensarse como el corolario de otra traición, la de Perón hacia la juventud)-, la JPL “traiciona” a sus compañeros y abandona el espacio de lucha compartido para conformar uno nuevo. Y es esa misma “traición” la que, al mismo tiempo, puede considerarse una señal y una prueba de lealtad, lealtad a Perón y lealtad a la causa de la liberación nacional: la traición y la disidencia serían, entonces, también un “sacrificio” por la causa, sacrificio que implica abandonar el rol de héroe épico y excepcional capaz de torcer la historia, y buscar, como dice H. González, un pensamiento y una mirada más “modestos”, aún a costa de una renuncia subjetiva, emocional y política.

Borges sugiere que el héroe y el traidor son, en última instancia, la misma cosa: uno no es nada sin el otro. Si el héroe es capaz de los mayores sacrificios, es necesario que alguien, en correspondencia, haga un sacrificio condigno. Ese sacrificio es la traición, o, lo que es lo mismo, la renuncia a la heroicidad. No sería entonces la codicia y la fría especulación, sino el espíritu de renuncia, el ascetismo y la humildad, lo que mueve al traidor cuando, con su acto, abandona el círculo de los “elegidos” y se rebaja a condición de conspirador o delator. Pero este acto, ¿no es acaso él mismo, un acto heroico?

Incapaz de zanjar esos dilemas y esas paradojas, este trabajo pretende, simplemente, dar cuenta de una historia, un conjunto de trayectorias y recorridos políticos que no están exentos de contradicciones y complejidades pero que constituyen un valioso testimonio de lucha. Esta historia, para algunos la “buena historia”, es en todo caso una interpretación que participa de las luchas simbólicas por la apropiación y la asignación de sentidos del pasado, y constituye un aporte para continuar elaborando una memoria colectiva que nos permita comprender el sentido de las luchas políticas de aquellos años y, con ello, la lógica del horror y la violencia dictatorial. Comprender por qué, en qué contexto, y en el marco de qué luchas sucedió lo que, como dice H. Arendt, “nunca debió haber sucedido”.

Referencias bibliográficas

- Aiscurri, M. (2003): *¡Que vivan los perejiles!*, Buenos Aires, Catálogos.
- Amorín, J. (2006): *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (1997): *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1973-1976*, vol. II Buenos Aires, Norma.
- Baschetti, R. (1995) (Comp.): *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, La Campana.
- Baschetti R. (1996) (Comp.): *Documentos (1973-1976). De Cámpora a la ruptura*, La Plata, La Campana.

- Bonasso, M. (1997): *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta.
- Bonasso, M. (2000): *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta.
- De Riz, L. (1987): *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Gillespie, R. (1998): *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Ivancich, N. y Wainfield, M. (1983): “El gobierno peronista 1973- 1976: los montoneros”, en *Revista Unidos* N° 2, julio de 1983.
- James, D. (1990): *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Landi, O. (1978): “La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política”, Documento CEDES/ FLACSO N° 10.
- Lanusse, L. (2005): *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*, Buenos Aires, Vergara.
- Novaro, M. (2006): *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa.
- Pucciarelli, A. (ed.) (1999): *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba.
- Romero, L.A. (2003): “La primavera de los setenta”, en Teach, C. (Comp), *La política en consignas. Memorias de los setenta*, Rosario, Homo Sapiens.
- Sigal, S. y Verón, E. (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.
- Svampa, M (2003): “El populismo imposible y sus actores (1973- 1976)”, en James, D. (dir.): *Nueva Historia Argentina, 1955- 1976*, volumen IX, Buenos Aires, Sudamericana.
- Tortti, M.C. (1999): “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, A. (ed.) (1999).

Fuentes

- Abal Medina, J.M. (1996): “Recuerdos de la muerte”, entrevista en diario Clarín, 7/ 04/ 1996.
- Abal Medina, J.M. (1999): “Ezeiza fue un quiebre del cual no logramos reponernos”, entrevista en diario Página 12, 18/ 01/ 1999.
- González, H.: Entrevista en el Archivo de Historia Oral de *Memoria Abierta*.
- Diario *La opinión*
- Revista *Movimiento*